

# María

## Primer premio Jurado Técnico

Autor: **Javier Martín Ramiro**, facultativo de Cirugía

María miró primero al oscuro cielo, luego al profundo mar y saltó al vacío. Nací hace 16 años en una pequeña pedanía asturiana, tan pequeña que la luz no llegó hasta que cumplí los 12, y el agua un poco después. Mi infancia transcurrió entre pocos juegos, muchas bajadas a por agua con el cántaro bien fijo a la cadera, no fuera a romperse, algo de escuela para aprender las letras y números y sobre todo el trabajo en el prau con la vaca pinta, pegada a las faldas de mi madre. Madre era grande, hablaba poco y gritaba mucho, siempre triste; con su pañuelo anudado bajo la barbilla al lado de un lunar lleno de pelos duros como cerdas, y unas manos rojas, agrietadas, de uñas muy cortas. Padre trabajaba en la mina, siempre me dieron miedo sus manos rotas y negras, con dedos que parecían morcillas de matanza y un olor ácido a jabón barato, picadura, tinto y polvo. Padre murió cuando no había cumplido los 12, dejándonos huérfanos a mis cuatro hermanos y a madre. Madre nunca fue la misma, pasaba las horas sentada frente al hogar, con un rosario entre sus dedos y sin su eterno pañuelo de flores, mostrando su gris guedeja que más que madre parecía bruja. Los niños se fueron con Dios uno tras otro, el primero de fiebres, el segundo del vientre y los otros dos, los gemelos, se los llevó tía Gertrudis a la capital. A mí me dijo que era mayor para ir con ella y que me tenía que ganar el jornal así que me puso a servir en la casona grande. La verdad es que me sentía más feliz desde que estaba desligada de aquel mundo de las comidas en casa, de la sopa de ortigas o de aguar la leche para consolar el abultado vientre de mis hermanos. Ante mí se abrió un mundo nuevo de ropa limpia, comida, agua en los grifos y las visitas nocturnas del señor al altillo donde dormía. Mi vientre creció y el sueño acabó. Un hatillo, una barriga que no entendía y una pesada soledad como única compañera.

# Nadie

## Segundo premio Jurado Técnico

Autora: **Marcela Martínez Pérez**, facultativa de Dermatología

A través del amplio holocentanal todos tenían un aspecto vagamente irreal. Como actores de una antigua comedia televisiva, de esas con risas enlatadas. Una comedia infeliz. Mi madre, gesticulando exageradamente, sobreactuaba como siempre. Mi suegro, por el contrario, y sin duda de forma premeditada, fingía su ensayada elegancia. Mi hermana, los hombros algo hundidos, la mirada baja, se esforzaba en disimular su fracaso ante el mundo y ante nuestros cuñados y amigos, consagrados todos a escenificar en cada velada ese éxito superficial y sospecho, precario, que parece ser la única aspiración legítima hoy.

Desde las sombras quise pedirle perdón a mi hermana por dejarla, de nuevo, sola ante los leones. Pero la verdad es que me sentía más feliz desde que estaba desligada de aquel mundo de las comidas en casa. Me costó decidirme a hacerlo por fin, con la familia. Con las tareas domésticas fue fácil; siempre las he odiado en silencio y ese odio me llevó a la agencia. Lo del trabajo vino después. Al principio días puntuales, “sólo para descansar un poco”, me decía a mí misma. Pero ya casi nunca iba y nadie había advertido la diferencia. Entonces llegó la prueba definitiva. Mi familia. Las personas que más me conocían y querían.

De eso hace casi seis meses y nadie ha notado nada. Ni siquiera él. El hombre con el que comparto, supuestamente, mi vida. Que me llama ahora al salón, mientras el enorobot de última generación, regalo de empresa, descorcha un vino carísimo. Debo irme ya. Sólo tengo que pulsar el botón y ella se pone en marcha con su suave zumbido eléctrico. Se retoca el lápiz de labios ante el mismo espejo del pasillo, sordo, mudo, ciego, que antes me devolvía mi reflejo. Ella tiene mi voz, mi piel, mis gestos. Hasta tuerce los pies al andar exactamente igual que yo. Ya puedo marcharme. Nadie me echará de men-¡Un momento! ¿Qué ha sido eso? No puede ser... ¡Me ha parecido oír otro zumbido ahí dentro!

# Tirano-saurio

## Tercer premio Jurado Técnico

Autora: **Lidia González de la Fuente**, auxiliar administrativo de UCI

No se me ocurre nada importante que contaros. En mi vida no hay nada reseñable ni extraordinario. Sin embargo, la psicóloga de la asociación a la que acudo cada miércoles, para que me levanten la autoestima otras mujeres que pasaron por lo mismo que yo, cree conveniente que dedique media hora cada día, a plasmar en palabras escritas lo que no consigo exteriorizar de viva voz. Llevo haciéndolo ocho años y para ser franca diré, que aunque la evolución al principio no es notable, sí que ayuda.

Cuando releo los primeros folios que garabateé al principio, todavía presa del pánico, es cuando percibo más claramente mi mejoría. Hay una frase que me sirve de barómetro: “de pronto se abrió la puerta de una patada”. Me resulta imposible enumerar las veces que la he leído, al igual que contar a mis lectores cómo me he sentido todo este tiempo cuando lo hacía y las reacciones de mi cuerpo.

Ha sido un proceso lento y doloroso, muy doloroso, lo confieso; pero a la vez es reconfortante tomar conciencia de cómo se han ido aplacando gradualmente los demonios que me hacían perder el control, mermándome la salud y la vida. Hoy puedo escribir que ya apenas me asusto cuando percibo a alguien al otro lado sujetando el pomo de una puerta, y que soy capaz de respirar casi con normalidad y responder al primer saludo de una manera más o menos organizada, sin que se altere mi voz.

Continúo estudiándolos, no voy a engañaros. Los dinosaurios siguen despertando mi interés a pesar de todo lo que mi psicóloga me recomienda, pero ya los observo de lejos en los “zoológicos”, cuando salen de su “caverna” para beber, porque he aprendido que llevártelos a casa y alimentarlos no es una buena idea.

# Gracias

## Primer premio Jurado Popular

Autora: **Silvia Nieto Arranz**, residente de Obstetricia y Ginecología

Estaba en la salita de quirófanos peleándome con el envoltorio de un sándwich cuando de pronto se abrió la puerta de una patada y su voz resonó alarmante: “paciente procedente de un accidente de tráfico, posible cesárea”.

Algo hipoglucémica corrí hacia el área de lavado, saqué fuerzas de mi secreto armario interior y entre los chorros de agua y desinfectante grité: “qué alguien me lea las constantes del monitor”.

El día había comenzado a las ocho en las consultas de la primera planta con mucha saturación y nerviosismo por parte de algunas pacientes cansadas de esperar. Y había continuado casi de la misma manera en mi turno de guardia.

A esa hora llevaba a la espalda cuarenta y tres consultas, cinco llamadas de planta y dos partos. Y ni un solo abrazo... La velocidad del reloj y la presión asistencial habían conseguido eso, aislar me sin recibir una simple sonrisa. La verdad es que yo tampoco había mostrado ningún signo de gratitud hacia nadie, realidad dura e ingrata, pero cierta.

La anestesista consiguió estabilizar a la paciente mientras el enfermero dispuso todo el instrumental sobre la mesa de mayo. “¡Abre!” La orden seca de mi compañera me heló la espalda. Tomé el bisturí y me tragué los nervios.

Con el dedo corazón de la mano izquierda separé el velo de la bolsa amniótica y de una manera sorpresiva sacó su manita diminuta y me agarró el dedo. Sentí su calor, sus ganas por salir al mundo y su agradecimiento.

Ante aquella imagen inesperada la matrona gritó: “te está dando las gracias”. Y el quirófano se llenó de aplausos y de alguna lágrima... Aquel gesto misterioso, carente de explicación científica, consiguió que olvidara la tensión del loco día y que amara lo que soy.

# La mar sobre María

## Segundo premio Jurado Popular

Autor: **José María Salas Pérez**, residente de Farmacia

Esa última noche María estaba en la cocina, alumbrada por una vela. Encima de la mesa tenía la orden de desahucio. Alargó su mano derecha para cogerla e intentar comprender por qué la ponían en la calle. La miraba con los ojos vidriosos y le temblaban las manos. La pobre María apenas sabía leer. Luego cogió la vela para recorrer su hogar por última vez. Con 74 años podía manejarse sola, apenas tenía achaques. Entró en el salón y se colocó frente a la foto de su marido. Acercó la vela para poder ver su rostro con nitidez. De repente recordó aquella madrugada en la que vinieron a darle la noticia de que la traíña donde pescaba su marido había naufragado por mor de un temporal de levante. Ella dormía y de pronto se abrió la puerta de una patada. Su cuerpo nunca se encontró, "lleva más de cinco años sepultado bajo el mar". Pero quiso buscar en su memoria los recuerdos más hermosos de su marido, y se le vino a la mente todas las mañanas cuando su Manuel llegaba, "María enciende la candela que vamos a desayunar". Frente a la foto de su marido estaba la de su hijo Salvador. Recordó cuando se tuvo que marchar a Alemania, veinte años atrás, en busca de trabajo. Al principio le veía todas las navidades. Llevaba cinco años sin verlo, desde la muerte de Manuel. Permaneció quieta durante casi media hora. Luego salió al exterior. Llevaba en su mano derecha la medalla de la Virgen del Carmen. Bajó por la calle hasta el paseo marítimo. Era noviembre y hacía frío, pero ella no lo sentía. Se sentó en un banco mirando al mar, esperando que su Manuel saliera de las aguas para abrazarla.

De repente tomó una decisión. Se puso de pie y se dirigió hasta la orilla. Se quitó los zapatos y penetró en el mar lentamente. Caminaba como un autómatas. Poco a poco el mar iba cubriendo todo su cuerpo, hasta que perdió pie. Dejó de respirar y sucumbió entre las aguas. Bajo el mar abrió los ojos y sintió que alguien la estaba abrazando. Era su Manuel. "No temas mi amor, aquí nadie te puede hacer daño".

# Noche en el alma

## Tercer premio Jurado Popular

Autora: **Margarita Amor-Jurado Barahona**, auxiliar de enfermería de Neonatos

Era un 31 de octubre lluvioso, el otoño traía y llevaba hojas amarillas arremolinándolas a mis pies como hermosas mariposas doradas. El viento era frío, y me acariciaba el rostro con furia, pero yo no sentía ningún dolor físico, solamente mi alma estaba herida, atravesada por una lanza de tristeza que convertía mi pecho en un gran agujero negro y profundo; la congoja oprimía mi garganta como si una mano invisible quisiera asfixiarme. De pronto se abrió la puerta de una patada, mi propia patada. Cerré y apoyé el paraguas en el lateral de la lápida, las farolas iluminaron las doradas letras y allí, ante mí, surgió tu nombre... claro, impávido, real... Ya no podía tener dudas, ni abrigar la falsa esperanza de que no estuvieras aquí. Me arrojé sobre la gélida losa y lloré, lloré y lloré... como una niña asustada, con rabia, miedo, desesperación... Amargas lágrimas quemaron mis ojos y formaron ríos hasta la desembocadura de mi boca, ríos de lluvia y agua salada; ríos de vida y muerte; senderos que ya nunca se encontrarían... Nos prometimos amistad eterna, sueños compartidos, ilusiones, amores, dudas y temores. Nada nos separaría en este mundo, éramos como un solo alma dividida en dos cuerpos, como un mismo latido en dos corazones. ¡Cómo pudiste hacerlo! ¿Quién te dio permiso para dejarme sola? ¿Qué significó para ti nuestro juramento de amistad? Nada...nada... ¡Maldita egoísta! ¿Cómo pudiste quitarte la vida...? ¡Por qué no contaste conmigo! Yo nunca te hubiese dejado hacerlo... ¡Te odio! Mis gritos fueron acallados por los truenos que rompían el cielo. Levanté el rostro hacia el infinito mientras mechones mojados se adherían a mi cara como largos dedos y pedí perdón por mi cobardía, mi miedo a seguir viviendo sin ti, por mi egoísmo, porque mis lágrimas no eran por ti si no por mí, porque mi vida ya no sería la misma, porque todo mi mundo eras tú y nuestros sueños, sueños que yo sola no sabría hacer realidad. Sentí tu aliento en mi rostro como un cálido beso, rocé con los labios la punta de mis dedos y los deslicé por tu tumba, recogí el paraguas y me aferré con ambas manos a él y casi sin darme cuenta me fue invadiendo un sentimiento de paz y seguridad, por primera vez en mucho tiempo me sentí fuerte y supe que ya nunca me abandonarías, emprendí el camino hacia la salida con paso firme, ahora ya no estaba sola, éramos dos almas en un solo cuerpo...